



“He conocido el éxito, pero mi vida es esencialmente fracaso”

Oliver Stone. Se publica en España ‘En busca de la luz’, la primera parte de las memorias del director, que abarca sus primeros 40 años de vida hasta el éxito atronador de ‘Platoon’, un tiempo marcado por la guerra de Vietnam y las turbulentas relaciones con Hollywood

Por **Luis Martínez**

Esta historia va de cumplir tus sueños a toda costa, incluso con los bolsillos vacíos. Va de tomar atajos e improvisar... Va de mentir como un bellaco y aguantar, a base de sudor y lágrimas, para sobrevivir». Nadie puede acusar a Oliver Stone (Nueva York, 1946) de modestia o de insensibilidad ante el drama. Tampoco de falta de honestidad; una honestidad brutal hasta a la hora de mentir. Su autobiografía recién publicada en español *En busca de la luz* (Libros del Kultrum) es la prueba de ello. Pero no sólo. De repente, el más volcánico de los cineastas se descubre como un narrador brillante, cabal y apasionado de su propia



El director Oliver Stone publica en español ‘En busca de la luz’.



→ vida. Como buena parte de los personajes, héroes o villanos, de los que se ha ocupado en su cine (Kennedy, Nixon, Alejandro Magno, Fidel o Putin) no es tanto la grandeza o el éxito lo que le ocupa, aunque ése acabe por ser el argumento,

mediados de los 80, pasando por el divorcio de sus padres, sus primeros triunfos como guionista de *El expreso de medianoche*, su triste debut como director, su conversión de conservador (reconoce que votó a Reagan) a conciencia progresista de Estados Unidos, su bautismo de fuego con *Salvador*, su relación turbulenta con el turbulento James Wood... Y Vietnam.

Lo primero de todo fue Vietnam. Allí llegó con 21 años recién cumplidos después de abandonar Yale y nada volvió a ser igual. «Un acontecimiento así te cambia para siempre. Recuerdo sobre todo que la guerra en la selva te obligaba a estar permanentemente alerta.

Vives al límite de los nervios. Fui ahí donde empezó mi relación con las drogas... Entonces no conocía la cocaína, pero era lo que necesitabas para mantenerte vigilante. Me relacionaba sobre todo con soldados negros porque les encantaba la droga», dice. Se toma un segundo y continúa: «Lo más duro era mantenerte en pie, no dejarte arrastrar por lo que veías. Es muy fácil volverte completamente insensible ante todo en esas circunstancias. Muchos soldados no

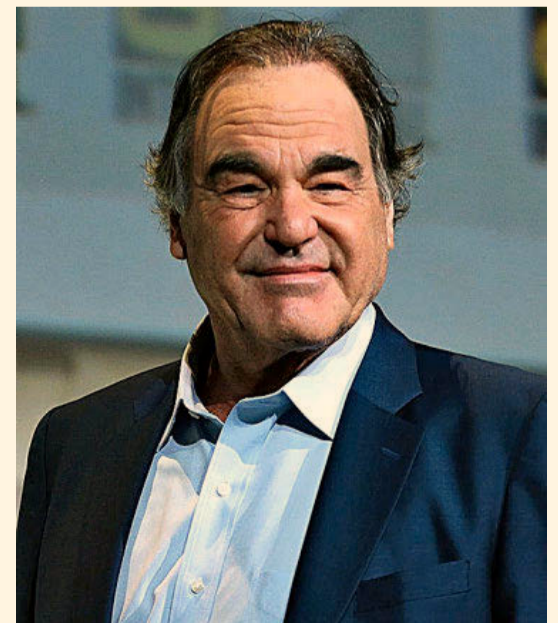
tenían problemas en matar civiles vietnamitas. Dejaron de pensar como personas y ésa fue la revelación más impactante de todo aquello... En Vietnam sólo vi corrupción, corrupción y corrupción».

A juicio de Stone, lo vivido en Extremo Oriente no sólo los marcó a él y a su filmografía (*Platoon* bebe directamente de su experiencia en primera persona), también determinó el destino entero de su país. «El camino de la guerra ha sido el único seguido por Estados Unidos desde entonces. Mi país, de hecho, se ha pasado demasiado tiempo apoyando a los malos en Sudamérica, por ejemplo, aniquilando misioneros y a políticos reformistas porque creía que eran comunistas. Somos una sociedad bárbara y violenta. Y no lo sabemos. Tenemos una idea de nosotros que para nada se corresponde con nuestras acciones», comenta.

Cuando más tarde, en el discurrir de la entrevista, se le preguntó por las polvaredas

levantadas a cuenta de *Natural Born Killers* volverá al asunto: «En aquella ocasión quería hacer una sátira de la violencia. Se me acusó de glorificarla. Para nada. Sé distinguir perfectamente entre la violencia real, la que sufrió Ron Kovic (personaje real en el que se

El director, en un retrato reciente.



“En la guerra, con los que más me relacionaba era con los soldados negros porque les encantaba la droga”

“Las cosas empezaron a cambiar en Hollywood en el momento en que tu agente era más rico que tú”

como todo lo contrario. «He conocido el éxito, pero lo que define mi vida es esencialmente el fracaso», comenta lacónico al otro lado del Zoom. Una advertencia: sólo hablará del libro y de los hechos recogidos en él, que básicamente abarcan desde su nacimiento hasta el ruidoso éxito de *Platoon* a



inspira *Nacido el 4 de julio*), de la figurada. Pero ahora veo que la representación de la violencia se ha apoderado de todo en películas como *John Wick*. Es ridículo. Definitivamente, Estados Unidos es un país que se ha enamorado de la violencia».

Pero la biografía es mucho más que las heridas que la guerra dejó en el joven que fue Stone. Sorprende, por ejemplo, lo descarnado de la relación con sus padres. Su progenitor era un corredor de Bolsa de ideas tan firmes como ferozmente anticomunistas, y su madre, francesa y, sobre todo, libre, libre de todo lo que se puede ser libre. Pronto el matrimonio fracasó y el único hijo que fue él se lamenta y hasta responsabiliza de todas sus inseguridades y traspiés a aquella «mentira».

«Los niños como yo nacemos de esa mentira original y sufrimos por ello cuando sentimos que nunca más se puede confiar en nada ni en nadie. Los adultos se vuelven peligrosos. La realidad se convierte en soledad. El amor o no existe o no puede sobrevivir», escribe. «En realidad, todo está conectado. Si lo miras de cerca, el libro y mi vida sólo tratan de mentiras. Fuimos a la guerra con mentiras y nos criamos con ellas. Mi madre las llamaba mentiras blancas. Me engañaron», comenta, sin quedar del todo claro a qué se refiere.

En cualquier caso, a un lado Vietnam, la familia y todo lo demás, donde *En busca de la luz* se hace grande y se transforma en un auténtico festín cinéfilo es en el detallado recuento de víctimas de cada una de sus hazañas filmicas. En poco menos de un lustro, Stone pasó de ser un desconocido taxista treintañero a uno de los mejores guionistas de Hollywood. Y es en el fragor de la contienda donde descubrimos que casi se mata en una maniobra de helicóptero durante el rodaje de *Platoon*, que casi se matan uno al otro él y Wood durante la aventura de *Salvador*, que casi mata a Al Pacino cuando se colocó sin avisar del lado de Brian de Palma en la producción de *El precio del poder*, su guión más emblemático... Y así, de casi en casi. «Sí, y también me emborraché y me drogué en público... Mi comportamiento fue estúpido e inmaduro», escribe. «En mi caso, era imposible estrenar una película sin que la gente opinara antes de verla. Ciertamente, los años 80 y 90 fueron geniales. Pese a las dificultades, vivías cada proceso de manera muy personal. Ahora todo eso ha cambiado. Todo está en manos de corporaciones... Quizá todo cambió definitivamente en el instante que tu representante empezó a ganar más dinero que tú», confiesa divertido.

¿Y Putin, al que entrevistó? ¿Qué opina de la guerra en Ucrania? «Lo siento, pero eso forma parte de la segunda parte de mi autobiografía. Es peligroso que los escritores hablemos de nuestros proyectos. Sólo diré que tratamos a Rusia como el enemigo y no lo es». Nos vemos en el segundo tomo.

Oliver Stone posa con su hijo en el estreno de 'Salvador'.

Pablo Berger, con el Premio del Cine Europeo, ayer en Berlín. EFE

'Robot Dreams' deja muda a Europa en la noche de Justine Triet

Premios Efa. Pablo Berger hace historia y gana por primera vez el Premio del Cine Europeo para la animación española en una noche que coronó a 'Anatomía de una caída'

Por Luis Martínez (Berlín)

La animación no es un género», dijo ayer no una sino hasta tres veces (¿o fueron cuatro?) Pablo Berger con el premio que le señalaba como director de la película de animación europea del año. En verdad, lo dijo en inglés y, para ser justos, repetía una frase de Guillermo del Toro. Su idea, pese a lo que pueda parecer, no era tanto celebrar el frenesí amoroso y hasta transgénero que vive la producción de toda película animada, que quizá también, como reivindicar la ausencia de fronteras. Hay dramas, comedias, musicales, *thrillers* o películas de terror, y éstas se pueden hacer con actores, animadores o marionetistas; con palabras o sin ellas. Importa, por así decirlo, la narración, el placer de contar y, dado el caso, el simple amor de escuchar y narrar; no, en efecto, el género. De nuevo, «la animación no es un género».

Mediada la ceremonia más aburrida y arrítmica (no es crítica. Ése es su encanto) que ha inventado el ser europeo, llegó uno de esos momentos en los que generalmente uno se levanta a hacer algo. Da lo mismo qué. Es cuando se presentan, por ejemplo, los premios técnicos ya entregados con anterioridad (por cierto, los de efectos especiales y de maquillaje y peluquería —dos— los tenía ya *La sociedad de la nieve*, de Juan Antonio Bayona). Y acto seguido, casi sin tiempo de sentarse después de hacer lo que fuera (da lo mismo qué), llegó el turno para la animación española en toda su extensión. No diremos que fue un momento histórico, pero casi. De repente, una industria que no existe (o que existe poco), no contenta con tener hasta tres películas en la carrera para los Oscar (*Unicorn wars* y *Dispararon al pianista* son las otras), se llevó el premio. *Robot Dreams* se coronó como la película de animación europea del año en la edición número 36 de estos premios. Por

primera vez. Se podría decir, y queda aquí dicho, que Europa, como la propia película, se quedó sin palabras. «La animación no tiene género». Queda claro.

La historia muda de amor, de amistad, de soledad, de pérdida y de perdón (de todo eso va la cinta) entre un robot y un perro según la novela gráfica de Sara Varon quedó así emparentada con *Anatomía de una caída*, que, ésta sí, tiene género. Aunque varíe y por momentos sea *thriller*, a ratos drama y, cuando nadie lo espera, autopsia. Tras ganar la Palma de Oro en Cannes, la cinta de la francesa Justine Triet fue la elegida como la película (sin apellidos) del año. Ahora en Europa, pero pronto probablemen-

cumplía así una lógica que bien podría calificarse de aplastante. Otros también la llamaron avalancha por aquello de rimar conceptualmente con la caída del título francés. En verdad, era gravedad. De grave y de pura gravedad. Originalmente, la gravedad designaba el fenómeno que daba explicación a por qué las manzanas, en vez de quedar suspendidas en el aire tras quedar libres del árbol, tenían (y tienen todavía) el feo y odioso vicio de suicidarse contra el suelo. Con el tiempo, cosas de Einstein, quedó claro que no era eso, que era más bien el cariño lo que movía a los frutos dotados de masa a acercarse a alguien como la Tierra.

Y bien mirado, ahí vamos, la película ganadora es esencialmente eso: un alarde cerca del desplome, del derrumbe por su propio peso de un ejercicio de cine irrefutable. Y no es suicidio, aunque algo de eso haya, como puro entusiasmo narrativo. Puro y grave cariño. Se disecciona la vida en pareja y, de su mano, se somete a un análisis inmisericorde cada uno de los esquemas y conceptos aprendidos que lejos de ayudarnos a entender nada esconden quizá la verdad. Suena algo críptico y, créanme, pocas películas tan claras, tan contundentes y tan ciertas.

Entre medias, la gala avanzó y



te mucho más lejos. Para ella fueron, además, los premios a dirección, guión (firmado por la propia directora y Arthur Harari) y actriz (la ubicua Sandra Hüller). Antes se había hecho con el del montaje. Cinco en total. Solo faltó, de los importantes, el de actor, que fue para Mads Mikkelsen, por su trabajo en *La tierra prometida*, de Nikolaj Arcel.

Digamos que los Premios del Cine Europeo además de disponer de una gala extrañamente sosa pueden presumir también con orgullo de ser muy predecibles. Pero sin mala sangre. No es recriminación. Ahí, decíamos, reside su *glamour* tan peculiar y tan *antiglamouroso*. Nada que objetar. Se

premió a Isabel Coixet por un concepto confuso como su aportación europea al cine mundial. Resumido: su carrera. Lástima de la ausencia por enfermedad de Vanessa Redgrave, que tendría que haber estado para que todos honráramos su vida entera. Lo hicimos pero en la distancia vía zoom. Bonito, pero algo lejano. No lejos, sin embargo, se veneró, antes que solo entregar una estatuilla más, a Bella Tarr, al responsable de ese monolito sin tiempo que es *Sátántangó*. Subió al escenario y dejó las cosas claras: «Un consejo: que le den a la industria». Aplausos. No dijo nada del género, pero podría haberlo hecho. La animación no tiene género. Ni palabras.